

TOPONIMIA PRERROMANA DE BURGOS

I

FUNDAMENTOS HISTORICO-CULTURALES Y GEOGRAFICO-LINGÜÍSTICOS PARA UN ESTUDIO DE LA TOPONIMIA PRERROMANA DE BURGOS

1. *Planteamiento de lo PRERROMANO*

A) *Topónimos prerromanos en Burgos*: Una rápida ojeada a la actual toponimia burgalesa evidencia la abundancia de nombres geográficos de acento remotísimo, duro y seco si se parangonan con los eufónicos y sonoros nombres de ascendencia romance. Nombres correspondientes a la toponimia mayor o menor suenan a nuestros oídos como raros y «bárbaros». No vemos en ellos de primera intención sino estructuras huecas, vacías de significación. Topónimos como Briviesca, Oca, Nela, Carazo, Dobro... nos resultan raros, enigmáticos, evocadores de alguna extraña lengua de pasadas dominaciones étnicas.

Pero no sólo a nosotros —hablantes de acústica romance— nos suenan extraños: Ya a los escritores latinos de los primeros siglos de nuestra era les resultaban duros los nombres geográficos de Hispania. Tanto, que asegura Bernardo de Alderete que «Plinio dexó de escribir muchos nombres de España por la dificultad que auia en pronunciarlos» (1).

El propio Marcial, más cercano a la realidad geográfica de la Meseta, advierte en uno de sus epigramas:

«Nos Celtis genitos, et ex Iberis
Gratos non pudeat referre versu
Nostrae nomina duriora terrae!»

Y tras citar algunos de entre los más llamativos por su rudeza, concluye:

«Rides nomina? Rideas licebit.
Haec tam rustica, delicate lector,
Haec tam rustica malo, quam Britannos» (2).

La toponimia actual se hace aún eco de esos nombres. Esto es un hecho. El verdadero problema se plantea cuando se intenta analizar y clasificar esos nombres, capaces de provocar la risa, según Lucio, porque son nombres procedentes de lenguas bien diferentes («Nos Celtis genitos, et ex Iberis...»).

Pero antes de abordar plenamente el tema de los topónimos que presentan carácter prelatino, es necesario dejar en claro qué se entiende aquí por lo « prerromano ».

B) *Concepto de «lo prerromano»*: ¿Qué es lo prerromano? ¿Qué alcance tiene el vocablo PRERROMANO?

En un primer intento de clasificación toponímica prerromana para Burgos pensé estudiar por separado cada una de las lenguas prelatinas que dejan sentir su influencia en las voces geográficas de la provincia. Las opiniones —desconcertantes a veces— de los diversos estudiosos de lo prerromano me hizo caer en la cuenta de la gran dificultad que supone definirse sobre el origen exacto de no pocas voces toponímicas: Lo que para uno es claramente céltico, para otro no es sino un efecto de vascoiberismo; lo que aquél proclama como ligur, éste lo denomina céltico de 2.^a época; lo que para unos es ilirio, es vasco para otros, y aún ibérico... En conclusión, opté por estudiar en conjunto las lenguas prerromanas, apuntando a propósito de cada topónimo las posibles soluciones etimológicas de acuerdo con su radical, su fijación o estructura general.

Por topónimos prerromanos entendería en estas páginas aquellos nombres geográficos cuyo origen se remonta a las antiguas lenguas habladas en Hispania antes de la llegada de los romanos. Todo elemento lingüístico anterior al s. III A. de J. C. será aquí considerado « prerromano ».

Ahora bien, el vocablo PRERROMANO alcanza un sentido amplísimo. Es necesario deslindar por etapas ese campo:

C) «*Lo Ibérico*» frente a «*lo Indoeuropeo*».

De la exposición de teorías formuladas acerca de las lenguas prerromanas, saco como conclusión más positiva que es necesario oponer dos troncos lingüísticos claramente definidos en Hispania: LO IBERICO de una parte; de otra, LO INDOEUROPEO.

Con alguna frecuencia se ha empleado en materia toponímica el vocablo IBERICO para designar las voces prerromanas de Hispania anteriores a las inmigraciones célticas. Este uso es ambiguo y puede ocasionar evidentes confusiones, ya que la realidad de lo ibérico ha sido suficientemente definida por los investigadores, así arqueólogos como lingüistas. Unos y otros coinciden

en denominar IBERICO al pueblo que se extendía por un área geográfica acusadamente oriental (desde el sudeste peninsular hasta la cuenca del Ródano) (3).

Para calificar ese tipo de topónimos quizá sea el vocablo *autóctonos* el más preciso y exacto.

Gómez Moreno (4) distinguía dos tipos bien diferentes de antropónimos prerromanos en Hispania: los correspondientes a la zona considerada antes como ibérica, de un lado, y los correspondientes al área geográfica del Centro, Norte y Oeste, de otro. Frente a las características lingüísticas de estas zonas del Centro, Norte y Oeste —claramente indoeuropeas, según se verá luego— lo ibérico representa una antigüedad mayor, un estrato lingüístico más arcaico, que quizá tenga que ver con lo que algunos han denominado «sustrato preindoeuropeo mediterráneo».

Lo IBERICO viene tradicionalmente oponiéndose a lo CELTICO; o —generalizando aún más—: Lo IBERICO se opone a lo INDOEUROPEO. Quizá sea ésta la consecuencia más importante que aportan los últimos estudios sobre el tema. (Cfr. más adelante el concepto de lo INDOEUROPEO).

2. ¿Puede hablarse de TOPONIMOS IBERICOS en Burgos?

El hecho de que hayan aparecido en tierras burgalesas restos arqueológicos considerados por diversos autores como «ibéricos» puede ser un elemento de apoyo en favor de la existencia de topónimos ibéricos en Burgos.

En Castrobarco fue descubierto un asiento de población ibérica. En Poza de la Sal aparecieron monedas ibéricas. En Miraveche, una sepultura de guerrero ibérico. En Arauzo de Torre, cerámica y monedas asimismo de carácter ibérico. En Roa, un denario; en Clunia monedas con la conocida efigie del jinete, así como monumentos con inscripciones ibéricas.

A la vista de tales hallazgos surge esta primera cuestión: ¿Cómo es posible la presencia de testimonios ibéricos en territorio «no ibérico»?

Una visión un tanto sucinta del problema no puede sino bosquejar solamente las líneas del planteamiento. Tres aspectos distintos se me ocurren:

A) Planteamiento de lo IBERICO:

¿Quiénes son los iberos? ¿Cuál es su origen? ¿Cómo es su lengua? He aquí tres preguntas que precisan respuesta. Resumo con estas palabras de García Bellido lo que hoy parece opinión unánime, o al menos general, entre los autores: «En líneas generales cabe decir que son *iberos*, en el sentido étnico de la palabra, todos los pueblos de la costa mediterránea y parte de la atlántica, por lo menos hasta el Tajo o el Duero».

Mucho más compleja es la serie de teorías que acerca de su *origen* se han formulado. Fletcher ha tratado de historiar un poco las líneas generales del pensamiento en este sentido (6).

«Sintetizando lo expuesto —concluye Fletcher—, consideramos que el pueblo ibero, en definitiva, tiene un origen mediterráneo, formándose, cuando menos en el neolítico, enriqueciéndose cultural y antropológicamente con las aportaciones de gentes afines durante la edad del Bronce, sufriendo una transformación radical en su cultura a mediados del primer milenio A. C., al entrar en contacto con otros pueblos de nivel más elevado. Esta transformación cultural es la que conocemos con el nombre de CULTURA IBERICA» (7).

Tampoco el problema de la *lengua ibérica* se da como resuelto. A la hora de buscar emparentamiento con algún tronco lingüístico concreto, los autores invocan soluciones diferentes, si bien la mayoría de ellos optan por relacionar el ibérico con las lenguas preindoeuropeas mediterráneas en general. En esta línea van los trabajos de Bertoldi, Fouché, Montenegro (8).

Más ceñidos aún a «lo mediterráneo», autores como Reinach, Gómez Moreno, Schuchard, Tovar (9), entre los más conocidos, relacionan el ibérico con algunas lenguas norte-africanas: tuaregs, bereberes, coptas...

Otros ven en la lengua ibérica parentesco con el camítico. No faltan quienes encuentran relaciones entre el ibérico y lenguas como el lígur, sardo, corso, etrusco, fundamentados sobre todo «en el parentesco del substrato lingüístico del Mediterráneo Occidental prerromano» (10).

Asimismo se lo ha relacionado con las lenguas caucásicas (11).

Fletcher, y Tovar con él, distinguen hasta tres alfabetos distintos dentro de las lenguas ibéricas plasmadas sobre piedra, plomo, monedas y cerámica: el *tartésico* (Tovar lo denomina «ibérico-andaluz»), extendido por la mitad oriental de Andalucía; otro, denominado *levantino*, enmarcado en el litoral E. de Hispania, con extensión hasta el sudeste francés; y un tercero, denominado *celtibérico*, con extensión por el Centro.

Mientras tanto, Gómez Moreno, al formular el problema filológico, llega a precisarnos qué es lo que exactamente debemos considerar hoy como ibérico, y admite estas dos opciones:

a) Que sólo queden del habla ibera *testimonios muertos*, es decir, inscripciones y nombres geográficos, definibles en la región que se entiende netamente ibérica.

b) Que los vascos actuales conserven reliquias del idioma ibérico.

B) *Las tierras de Burgos respecto del territorio «ibérico».*

El territorio «ibérico» está perfectamente definido: comprende desde los

Pirineos hasta el sureste de la Península, con una penetración hacia el interior por el valle del Ebro (13).

Fletcher señala «los cercanos montes de la costa valenciana (como) el límite conocido hacia el interior» (14).

Según el criterio tradicionalmente formulado sobre la zona de ocupación del pueblo ibero, lo que hoy son tierras de Burgos suponían un territorio bastante marginado respecto del ibérico.

La diferencia de culturas entre las dos zonas: ibérica y «no ibérica», ha sido también en todo tiempo señalada por los tratadistas: «...la extensión geográfica de los monumentos lingüísticos en alfabeto ibérico está cordada por una línea que separa textos de estructura indoeuropea, al Oeste, de otros no indoeuropeos, que aparecen al Este de la misma», dice Palomar (15). Y Gómez Moreno afirma categóricamente que el área de dispersión de los nombres de persona ibéricos, oretanos y turdetanos, no alcanza al cuadrante noroeste de la Península: «Es indudable —escribe— que bajo el dominio de Roma, las Mesetas castellanas, con sus amplios bordes hasta el litoral atlántico, estaban ocupadas por gentes de otras razas, ligures y célticas, que absorbieron a los aborígenes» (16).

C) *Crítica de los hallazgos arqueológicos.*

Vistas las circunstancias sobre el *no iberismo* del marco geográfico burgalés, no queda otro remedio que preguntarse sobre la realidad o irrealidad de los hallazgos arqueológicos de la provincia. ¿Cómo interpretar estos hechos? ¿Qué explicación dar a estos vestigios?

Estas soluciones se me ocurren:

1. Puede acontecer que no sean ibéricos en el sentido geográfico de la palabra, sino más bien en el *sentido étnico*, y respondan a la cultura indígena que la región desarrolló antes de la llegada de los pueblos indoeuropeos.

2. Que sean realmente «ibéricos» y respondan a un área de expansión de la cultura y lengua de este pueblo, si bien parece menos probable (17).

Schulten defendió una *iberización tardía* de la Meseta. La opinión de Gómez Moreno es justamente contraria: «La hipótesis del Sr. Schulten, proclamando una iberización póstuma de la meseta, no sólo carece de pruebas, sino que éstas le son en absoluto contrarias, salvo en la adopción, tampoco general, del alfabeto ibérico. Este cundió entre celtíberos, arévacos, peldonos, berones, autrigones y turmogos; los más de ellos célticos, quienes, al utilizarlo para su lengua propia, modificaron el valor silábico de algunas letras» (18).

Tal vez en esta *adopción del alfabeto ibérico* por los distintos grupos indoeuropeos hallemos la auténtica respuesta al porqué de los testimonios ibéricos en tierras burgalesas.

3. Que se trate de *testimonios celtibéricos*, y respondan --por lo mismo-- a una época de contacto entre los pueblos celta e ibero.

Personalmente pienso que éste es el camino más viable a la hora de dar una respuesta al problema. Las probabilidades son muchas, ya que las tierras burgalesas caían de lleno en la zona considerada como «celtíbera».

Así, pues, habrá que considerar CELTIBÉRICOS esos testimonios arqueológicos de tierras de Burgos.

Conclusión para la toponimia:

No puede hablarse propiamente de hallazgos «ibéricos» en Burgos, y --por lo mismo-- no hallamos en la arqueología base para fundamentar la existencia de posibles nombres geográficos de origen rigurosamente ibérico en la provincia.

Nombres que en otro tiempo se consideraron con seguridad ibéricos hoy sólo lo son con probabilidad. Como se verá en páginas más adelante, sí registra la existencia de algunos topónimos claramente ibéricos; pero se trata, en general, de nombres comunes, tales como *arroyo, nava* ..., lexificados en la toponimia de toda la Península.

3. *El problema INDOEUROPEO*

Tradicionalmente se viene admitiendo la invasión de la Península Ibérica por pueblos europeos, a los que se denomina de manera general *indoeuropeos*.

Cuando la Península recibió estos pueblos ofrecía un estado lingüístico nada claro, en el que lo más seguro parece ser el hecho de la *pluralidad lingüística*, de acuerdo con la casi totalidad de los historiadores antiguos.

En opinión de Tovar, de la pluralidad lingüística se pasa a la *imposición de una lengua* por conquista o invasión de extensos territorios: «Tales grupos --escribe-- se convierten en difusores de elementos indoeuropeos o preindoeuropeos. Por otro lado consideramos al indoeuropeo como una incorporación de elementos dispares» (19).

Bajo la denominación de voces prerromanas *indoeuropeas* habrá que entender, pues, aquéllas que fueron introducidas durante la indoeuropeización de la Península. En manera alguna se considerarán como indoeuropeas las provenientes de la lengua de sustrato más antigua, existente ya en Hispania.

Ahora bien, el planteamiento de LO INDOEUROPEO obliga a tocar puntos del mayor interés, como son: la naturaleza de las invasiones denominadas *indoeuropeas*, y las circunstancias influyentes en su infiltración en la Península.

A) *Naturaleza de las invasiones indoeuropeas.*

Desde el punto de vista lingüístico, tres vienen a ser los principales grupos de teorías formuladas en torno a la llegada de pueblos de carácter indoeuropeo a la Península:

1. *La hipótesis LIGUR*: El historiador francés Arrois de Jubainville fue su máximo defensor. La teoría del citado autor puede expresarse así: Todo el Occidente europeo, incluso España, habría sido indoeuropeizado por los habitantes de la Liguria, el pueblo nativo más antiguo de la Europa Occidental (20). Más tarde fue sobre todo Schulten quien adoptó la hipótesis y trató de confirmarla con datos numerosos.

Aunque el propio Rohlf s habla de argumentos aducidos en pro de una extensión o inmigración de tribus ligures a la Península, la crítica actual se muestra muy poco partidaria de la teoría ligur:

«Lo que fuesen los ligures —escribe Bosch— no lo sabemos; en ningún caso es legítimo, sin embargo, hablar de ellos como de un pueblo unitario que hubiera dominado todo el Occidente de Europa, ya que tanto los grupos arqueológicos como la mezcla de razas comprobada por la Arqueología dan un cuadro abigarrado del Occidente precéltico, imposible de compaginar con la supuesta unidad ligur» (21).

Y Martín Almagro no es menos explícito: «Cuanto más se deje correr la fantasía más atractiva será la visión del problema ligur, del cual poco seguro sabemos fuera de lo que la Arqueología nos dice hoy, ya muy de acuerdo con la Filología y con la Antropología sensata, la cual, en resumen, nos muestra una población muy mezclada de mediterráneos y alpinos, entre los cuales no faltan nórdicos que han inmigrado en todos los tiempos hacia las regiones de la Europa meridional» (22).

2. *La hipótesis ILIRIA*: Una segunda teoría atribuye a los ILIRIOS el papel que otros daban a los ligures, como indoeuropeizadores del Occidente. Pokorny ha sido su máximo exponente. Es el propio Martín Almagro quien resume así las líneas generales de la hipótesis iliria: «Para explicar la extensión de los toponímicos y sufijos que van desde los Alpes orientales al Occidente, Pokorny usa numerosos vocablos, la mayoría de los cuales los cree producto de una vasta colonización iliria que seguiría los ríos y los valles, a diferencia de los celtas, que han dejado su nombre en las montañas» (23).

Hoy la tesis ilírica ha quedado un tanto desprestigiada.

3. *La hipótesis CELTICA*: La tercera de las hipótesis es la que considera a los CELTAS como el principal elemento invasor que transformó nuestra etnogenia. Es hoy la hipótesis más aceptada y la que con mayor número de defensores cuenta.

Lo curioso de todo esto es que las tres, a pesar de sus radicales diferencias, vienen a servirse casi de los mismos textos históricos antiguos, aunque de distinta forma interpretados (24).

B) *Circunstancias de su infiltración en la Península.*

El desacuerdo reina también entre los distintos autores al concretar datos sobre el hecho de la invasión indoeuropea:

Por lo que al *número de invasiones* se refiere, los criterios se alinean en dos vertientes: Unos prefieren reconocer una sola invasión continuada que, paulatinamente evolucionaría sobre el terreno. Los más se inclinan por admitir varias oleadas, desde el Centro de Europa, que en etapas sucesivas harían su penetración en la Península (25).

En cuanto a la *concreción del lugar* por donde se llevaron a cabo, se dan como probables dos caminos: gentes procedentes del Rin y del sudoeste francés pudieron penetrar en España y descender por el valle del Ebro; pero también por el norte de Italia y Suiza pudieron llegar hasta Cataluña, y desde aquí llegar al citado valle por tierras de Lérida (26).

Algo más se dispersan las opiniones respecto de la *cronología*: para Almagro, «España sufre en el último milenio a. de J. C., sobre todo entre el 800 y el 600 aproximadamente, una importante invasión de gentes europeas que conocemos con el nombre de *invasión céltica*» (27).

Bosch, en cambio, prefiere dos invasiones diferentes; una primera tendría lugar hacia el s. IX, y se verificaría por Cataluña; otra, hacia el año 600, llegaría hasta la Meseta. Luego este autor defendería que hubo hasta cuatro oleadas diferentes: la primera hacia el año 900, a través de los Pirineos orientales; una segunda en el s. VII, que llegaría hasta la Meseta y alcanzaría incluso el mediodía hispánico; la tercera invasión se habría producido hasta el año 600 y sería propiamente germánica; la cuarta, que sería la propiamente céltica, se verificaría aproximadamente hacia la primera mitad del siglo VI (28).

Martínez Santa Olalla habla de una primera invasión protoindoeuropea hacia el año 1000, modificada en el s. IX por otra de preceltas, portadora de la cultura de los túmulos. La verdadera invasión, según él, sería la de los celtas goidelos y se verificaría hacia el año 650, llegando ya en el año 600 a dominar totalmente la Península (29).

Sobre esta opinión de M. Santa Olalla se pronuncia así Blázquez: «En general se puede asegurar que las ideas postuladas por los lingüistas se ajustan casi perfectamente con la tesis sobre las invasiones europeas en la Península sostenida por M. Santa Olalla; en cambio se apartan de la indicada por otros investigadores, como Bosh Gimpera y Almagro» (30).

El panorama general de la invasión indoeuropea de la Península está vista en tres tiempos por Wattenberg:

a) Grupos iniciales indoeuropeos poblarían la Meseta, ejerciendo su influencia en las zonas vecinas.

b) Una gran invasión posterior ocuparía esas mismas zonas, consiguiendo estabilización entre los ss. IV y III.

c) Los grupos centrales, evolucionando sobre una economía cerealista, ampliarían su campo de acción a nuevas tierras, así por el aumento demográfico como por la interacción comercial (31).

A pesar de que los diversos autores ofrecen datos, en apariencia precisos, resulta difícil poder dar algo seguro (32).

El mismo Bosch, que antes se pronunciaba con tanto entusiasmo en favor de determinado número de invasiones, cobra un tono pesimista —quizá, mejor, realista— cuando escribe: «Si se quiere llegar a una reconstrucción... del proceso de formación de los pueblos indoeuropeos, en el que se tengan en cuenta todos sus aspectos, arqueológico, lingüístico e histórico, es preciso prescindir de momento de las teorías que han estado en boga acerca del pueblo originario, la patria originaria, la lengua originaria, etc. Hay que resignarse a no obtener un cuadro sencillo y adaptar toda hipótesis a la complicación de los hechos que, si permiten pensar en el parentesco de ciertos grupos y en las relaciones de unos con otros, llevan a concebir un *largo período confuso* en el que poco a poco se destacan formaciones, no siempre simples» (33).

C) *Conclusión al problema indoeuropeo: LO CELTICO resulta predominante dentro de lo INDOEUROPEO español.*

«Por encima de todo lo hipotéticamente considerado ligur o celta —escribe Almagro— los más claros y numerosos vestigios filológicos en relación con esta invasión indoeuropea en España se puede calificar como *célticos*» (34).

Por su parte Blázquez concreta: «No todos los nombres indoeuropeos hispanos corresponden a lenguas celtas, aunque sí la mayoría» (35).

Aun cuando no todos los autores están de acuerdo con estas afirmaciones (36), hoy parece claro el *carácter céltico* de buen número de nombres patronímicos ibéricos constatados en las escrituras romanas (37). «Es-

te carácter céltico de los nombres españoles anterromanos —dice el referido autor— lo defienden incluso aquellos autores que, como Schulten, sostienen la concepción de una raza ibérica. Hoy cada vez es más seguro que tal iberismo representa una lengua y una aristocracia, así como unas formas culturales esencialmente célticas» (38).

Consecuentemente habrá que aceptar como un hecho el predominio de «lo céltico» dentro de lo indoeuropeo español.

Dado que lo mejor conocido en lo indoeuropeo parece a todas luces céltico, centraré mi atención en el céltico, como elemento preponderante en la toponimia prerromana de Burgos.

4. LO CELTICO y su influencia en tierras de Burgos

A) *Fundamento histórico de LO CELTICO*: ¿Quiénes son los celtas?

Alonso del Real se apresura a responder a la cuestión, formulando a su vez otras preguntas: «¿Con la palabra *celtas*, queremos designar un grupo lingüístico?»... «¿Es una cultura?»... «¿Es una raza?» (Ante las tres preguntas opta por una respuesta negativa). «¿Se trata —continúa— de una *etnia* o grupo de *etnias* próximas, con un conjunto de formas culturales, si no rigurosamente homogéneas, si por lo menos próximas y en las cuales la absorción de los sustratos más antiguos, o la penetración de corrientes venidas de fuera, sobre todo del Mediterráneo clásico, producen fenómenos de refracción semejantes? Parece lo más probable» (39).

Hubert piensa que los celtas, más que una raza constituyen «Un grupo de pueblos», o mejor aún, un grupo «de sociedades» (40).

Fernando Carrera supone que empujados por los Germanos de allende el Rhin, y acuciados por el deseo de encontrar minas de estaño, que necesitaban para fabricar armas de bronce, los Celtas de la Galia emprendieron emigraciones; una de las cuales, siguiendo el curso del río Garona, penetra en la Península Ibérica por la parte más occidental de los Pirineos (41).

Frecuentemente se ha presentado al pueblo celta como «pueblo que habita los montes», frente al ibero, que prefiere los valles. Esto ha llevado a más de un autor a afirmar que el vocablo «celta» viene a significar «montañas» o algo así. Al paso de este error sale el citado Carrera: «El nombre de *celtas*, ni significa 'montañeses' como dice Aurelio Fernández Guerra, ni 'hombres de los bosques', como opinan otros escritores. La palabra 'Céltico' llegó a nosotros a través del griego *Keltós*. Así designaban los griegos a los Celtas continentales. Este nombre aparece por primera vez en Hacateo de Mileto, escritor de fines del s. VI a. de J. C.» (42).

Y más adelante escribe: «La palabra *Kel-tos* debe haber significado en el antiguo lenguaje de la Galia 'noble, elevado', como en latín *celsus* y *excelsus*» (recoge la opinión de Gluck y Max Muller) (43).

Rohlf's se inclina por la realidad de dos grandes inmigraciones indoeuropeas: una primera (ss. IX-VIII a. de J. C.), que ciertos investigadores identifican con los ligures y con los ilirios, y cuya etnia incluiría a Cántabros y Astures; y una segunda (hacia el s. VI a. de J. C.) que conduciría al establecimiento de las tribus celtas (44).

Ya se vió con anterioridad cómo son varios los autores que abogan por una segunda oleada de pueblos indoeuropeos a los que, en general, denominan célticos. Esta segunda invasión correspondería a un pueblo de «agricultores que incineran en urnas y que parten del Hallstatt europeo» (45), frente a otra civilización más arcaica, con raíces en el Bronce centro-europeo, de vida pastoril y que inhuma en túmulos (46).

Hubert observa que la toponimia proporciona interesantes datos sobre la naturaleza de los establecimientos celtas. Así, apunta que «mientras en la Galia abundan los nombres en *-magus* y en *-ialum*, formados con nombres comunes que designan 'el llano' y 'el campo', y que son establecimientos de llanura y probablemente de cultivo, la abundancia de nombres en *-briga* (en la Península Ibérica), que designan establecimientos de altura, y altura fortificada, es muy significativa». La interpretación del propio autor sobre este dato gira en torno a la inseguridad por el estado continuo de guerra en que vivían los celtas. Es más, según él, esto explicaría el que los celtas sólo conquistasen las partes menos favorables (47).

Los celtas pudieron pasar los Pirineos hacia el año 500 ó 450 a. de J. C. (48). Taracena toma los hechos un poco antes, hacia el año 600, aproximadamente (49).

B) *Zona geográfica de extensión del pueblo céltico:*

Había sido siempre creencia que la región gallega fue la más celtizada de las regiones españolas. Almagro, sin embargo, mantiene esta opinión: «Si creemos los datos arqueológicos, lo fue mucho menos que las Castillas o el Ebro» (50). Y en la repartición del vocabulario céltico peninsular que señala, aparece como más abundante la región catalana (53 ejemplares), —hecho que explica el autor por las frecuentes relaciones con la Galorromania— seguida por la región castellano-leonesa (35 ejemplares). Y sólo en tercera posición sitúa a Galicia (23 ejemplos) (51).

«Más decididamente parece ser —escribe el propio autor— que penetraron los celtas en la zona de las Montañas de Burgos, entre los Cántabros e incluso hacia las Vascongadas. Los Autrigones (desde los Montes de Oca

al Valle de Mena) son seguramente celtovascos..., y los nombres célticos de personas y lugares existen en su territorio. Arqueológicamente no sabemos casi nada de esta región en la época que estudiamos, pero una rica cultura céltica que conocemos por los hallazgos de Monte Bernorio y Miraveche, se desarrolló después del siglo IV» (52).

Schulten, al situar geográficamente al pueblo celta, le reserva el Centro de la Península, con extensión hacia el Atlántico. Por su parte, Maluquer considera propiamente céltica la Meseta, la costa atlántica hasta el Algarve y la orla cantábrica. Incluso habla de la cuenca alta y media del Ebro (53).

Una cosa parece hoy evidente: el pueblo celta —sean cuales fueren los límites exactos de su extensión— impuso su lengua y cultura de tal manera, que el elemento aborígen proveniente de anteriores invasiones y culturas quedó prácticamente absorbido por él.

C) *Fundamentos lingüísticos del céltico:*

«Para la Filología —cito otra vez a Almagro— el origen de los celtas va unido al origen de los idiomas indoeuropeos, problema todavía muy complicado, pues el idioma céltico es un brazo de esa gran familia lingüística» (54).

González Echegaray piensa que, si se exceptúa el pueblo vasco, todos los otros pueblos de la llamada España céltica debieron hablar dialectos célticos, y que aún entre vascos e iberos se operaron no pocas infiltraciones célticas en el lenguaje (55).

Para Blázquez la mayor parte de los nombres hispanos adscritos a lenguas célticas «pertenecen a un estado lingüístico muy primitivo en el cual no se había establecido todavía la diferenciación de los celtas en goidélicos y britónicos. En realidad los lingüistas aprecian en la onomástica hispana un acentuado carácter *no britónico*» (56).

Tovar ha observado el problema del área geográfica de extensión de los pueblos celtas desde un punto de vista filológico y concluye que el elemento céltico se distribuye en distintas oleadas por el área norte, centro y oeste de la Península (57).

El actual conocimiento del céltico no permite aún dilucidar por completo el problema filológico. Todavía resulta muy difícil diferenciar por ejemplo algunos elementos lingüísticos entre el celta, o indoeuropeo de segunda época, y el ligur, o indoeuropeo de primera época, puesto que ambas oleadas presentarían probablemente un estado cultural y lingüístico muy semejante.

D) *Realidad de la cultura y lengua celtibéricas:*

La idea de un conglomerado étnico y lingüístico denominado CELTIBERICO ha pervivido en todo tiempo en la conciencia de los investigadores, así etnólogos, como arqueólogos y lingüistas. Se ha llegado incluso a fijar los límites aproximados de lo que pudo ser la enmarcación celtibérica: las actuales provincias de Burgos, Soria, Guadalajara, Cuenca, Albacete; la mitad de las provincias de Palencia y de Segovia, así como la parte occidental de la provincia de Zaragoza (58).

La realidad de «lo celtibérico» se comprende mejor a la luz de un hecho: la dificultad de señalar los límites precisos entre los mundos —claramente diferenciados por otra parte— céltico e ibérico. Si en un primer momento los límites podían precisarse con cierta aproximación, en el momento de la romanización, tras el prolongado contacto entre ambos pueblos —especialmente en la zona central— resultaría muy difícil delimitar claramente los dominios de uno y otro. Esta acusada interinfluencia en lo cultural y en lo lingüístico motivó el nombre de «celtíberos». Con todo, no es fácil concretar con certeza si por celtíberos entendemos *celtus* en tierras de iberos —que es la teoría tradicional, y que presupone población indígena ibérica— o bien *iberos* en tierras de celtas, teoría que supondría población indígena precelta (59).

Philippon interpreta así el fenómeno de la celtización: «La celtización de la Iberia central no fue sino superficial: Los Iberos conservaron sus costumbres y su lengua, y esto es precisamente lo que explica el nombre de *celtíberos* que los romanos daban a las poblaciones de España central» (60).

Históricamente no se menciona a los celtíberos hasta el s. III a. de J. C., época en que son citados por escritores como Polibio y Tito Livio, al relatar las guerras de Roma.

La conciencia de la oriundez celtibérica era sentida por los habitantes del Centro: Una de las inscripciones de las famosas estelas de Lara reza así:

SEMPRONIAE
AMABAE CELTIBERI
/ F(ILIAE)... / (61).

Según Pericot, Schulten distinguió los *celtíberos ulteriores* (situados en el valle del Duero) y los *celtíberos citeriores* (centrados en el valle del Jalón) (62).

Concluyo con esta opinión de Tovar acerca de la lengua celtibérica: «Hoy podemos decir —escribe— que *el celtíbero*, tal como leemos en estos documentos (se refiere al bronce de Luzaga —24 palabras— y a la inscrip-

ción de Peñalba de Villastar —18 palabras—) es un dialecto céltico no britónico, es decir que conserva las labiovelares indoeuropeas» (63).

5. *Los hallazgos arqueológicos confirman una rica prehistoria en tierras de Burgos*

Numerosos vestigios, procedentes de yacimientos diversos de la provincia, permiten reconstruir el escenario prehistórico de lo que hoy son tierras de Burgos. A partir del Paleolítico superior, los diferentes pueblos que habitaron las regiones de la Meseta dejaron huellas en numerosas cuevas y enterramientos de la provincia.

Nadie como Martínez Santa Olalla ha estudiado el pasado cultural de Burgos en época prehistórica. Sus trabajos aportan numerosos datos para el estudio de la influencia de la cultura de la piedra. Con precisión de investigador llega a concretar que «el primer rastro que del hombre cuaternario hallamos en la provincia de Burgos es del hombre musteriense» (64).

Entre los restos principales hallados en tierras burgalesas correspondientes a la cultura paleolítica, figuran:

Grabados de animales (cabras concretamente), encontrados en la Cueva de Barcina (Barcina de los Montes-Briviesca) y que tal vez correspondan al arte naturalista pleistoceno.

La pintura de un bóvido echado, en la Cueva de las Narices, en Hozabejas-Briviesca, relacionado con el arte rupestre cantábrico.

Un yacimiento de sílex tallados (Obermaier piensa que son del período auriñacense), hallados en el Abrigo de la Aceña (Sto. Domingo de Silos) (65).

Al paleolítico parecen remontarse unas cuarcitas halladas en Bascencillos del Tozo-Villadiago.

En Atapuerca-Burgos aparecieron tres dólmenes en el campo mismo donde tuvo lugar la conocida batalla.

Una roedera musteriense fue hallada en la cueva de La Blanca, Oña (66).

En La Molina-Briviesca apareció la necrópolis de Valredonda, «compuesta de dólmenes sin galería, túmulos, algún trilito, cistas y sobre todo, torres dolménicas» (67).

Cerca de Trespaderne, una cueva en la que aparece la figura de un hipopótamo o rinoceronte.

En Quintanaopio-Briviesca aparecen en una cueva estilizaciones humanas en pinturas, así como figuras de hachas y punzones (68).

La presencia del hombre prehistórico ha quedado perfectamente testimoniada en las cuevas de Ojo Guareña (Sotoscueva), en la parte septen-

trional de la provincia. En este lugar se han descubierto unos 400 metros de galerías entrecruzadas de pisadas. Las huellas acusan pies muy deformados. Pero no son solamente huellas de pie humano: Las cuevas de Ojo Guareña ofrecen vestigios prehistóricos de cuatro culturas diferentes. La más antigua de ellas parece remontarse a la etapa final del período magdalenense o los comienzos del aziliotardenoiense (entre los años 5000 a 4000 a. de J. C.), y está representado por microrraspadores (69).

También los *períodos neolítico y eneolítico* encuentran representación en territorio burgalés:

En la citada cueva de Ojo Guareña aparecieron varios fragmentos de cerámica correspondientes al neolítico.

A este mismo período corresponden los numerosos restos líticos descubiertos en un yacimiento junto a la capital; son de calcita; figuran entre ellos un mortero, varias rejas de arado y algunas hachas.

Las vasijas aparecidas en Ojo Guareña, y que corresponderían a la tercera de las culturas superpuestas de este yacimiento, parece son eneolíticas.

Asimismo eneolíticos deben ser unos sepulcros hallados en Tartalés-Villarcayo, «formados por tres hitos en forma de cañón; uno de ellos, de cinco metros, contenía cerámica fina» (70).

La cerámica aparecida en Lastras de las Heras-Villarcayo pertenece, según el P. Ibero, a la época eneolítica.

Algunos hacen remontar la cista y túmulo encontrados en Gredilla de Sedano al mesolítico, a juzgar por los objetos que contenían.

Restos prehistóricos son también algunos objetos de sílex aparecidos en Angulo (Villarcayo) y un hacha en Ibeas de Juarros.

La Edad de los Metales ha dejado también hondas huellas en las tierras de Burgos, con lo que confirma plenamente la ocupación de esta zona por el hombre céltico y celtíbero. Ambas culturas, las del hierro y la del Bronce ofrecen interesantes ejemplos arqueológicos.

En la primera Edad del Hierro entra en España la cultura de los *campos de urnas*, que puede fecharse en el Hallstatt C. (71). Pues bien, en territorio burgalés aparecen restos de esta cultura en:

La sierra de Silos (Cueva de la Aceña y poblado del Alto de la Yelca), donde se hallaron algunos fragmentos excisos de cerámica.

En Poza de la Sal aparecieron también fragmentos de cerámica en el denominado Poblado del Milagro.

Un importante depósito de bronce correspondientes a esta cultura fue encontrado en Huerta de Arriba (Salas). Figuran entre los principales objetos: brazaletes del tipo de Hallstatt, hachas de talón, puntas de lanza, puñales, etc.

Las cerámicas de Arauzo de Torre (Salas), las vasijas de la Molina del Portillo de Busto (Briviesca), así como la cerámica de Zuzones (Aranda), corresponden también a la Edad del Hierro.

El P. Ibero considera de esta época la herradura rota de hierro, así como el hacha, insignia de mando, hallados junto a Tres Torres, en el Valle del Ebro (72).

De finales de la Edad del Hierro parece la cerámica encontrada en Mundilla de la Hoz (Sedano).

Los fragmentos de cerámica de Río de Losa (Villarcayo) guardan relación evidente con la cultura hallstática.

Entre los restos de la necrópolis de Palacios de la Sierra (Salas) los hay correspondientes a las dos edades: del Hierro y del Bronce.

En Atapuerca (Burgos), uno de los objetos encontrados (un puchero), se remonta también a la Edad del Hierro.

Cerca de Pancorvo (Miranda), apareció un lote de objetos prerromanos (73).

Entre los objetos hallados en Ojo Guareña figuran cuatro hachas de talón, correspondientes a la cultura del Bronce.

Entre la villa de Gayangos y Fresnedo, en el monte conocido como Peña Urrero, y también Monte de Arroyón, aparecieron numerosos sepulcros que, en opinión del P. Ibero, son celtas. Las razones que aduce el P. Ibero parecen claras: sitio escarpado y escondido, fácil para la defensa; enterramiento cercano a la vivienda; sepulcros labrados en piedra; en dirección a Oriente, así como la constitución física de los esqueletos: dentadura con extremo plano; cráneo deprimido; escasa frente; tibias muy largas y mentón pronunciado (74).

Algunos castros celtas confirman también la ocupación de tierras de Burgos por este pueblo. En Valles de Palenzuela (Castrojeriz) apareció un castro con cerámica correspondiente a la Edad del Hierro. En el Valle de Tobalina ha sido descubierto otro castro celta.

De la última época del Hierro parecen ser unas piedras labradas halladas entre los muros más antiguos del monasterio de Oña. García Sáinz de Baranda nos dice que una de esas piedras representa un guerrero a caballo, llevando como trofeo la cabeza del caballero vencido» (75).

A la época posthallstática se remontan algunos fragmentos de cerámica hallados en Zangandez (Villarcayo), al Sur del Ebro.

Un puñal y varias puntas de lanza en Cabañas de Juarros (Burgos), parecen datar del segundo bronce peninsular.

De la Edad del Bronce son también algunos restos hallados en Castrillo de la Reina (Salas), Covarrubias, Quintanilla de las Viñas y Santa Olalla de Bureba.

El ánfora encontrada en Santo Domingo de Silos pertenece a la cultura celtibérica (76).

6. *Consecuencias de cara a la toponimia de Burgos*

Tras esta visión esquemática de los restos prehistóricos aparecidos en tierras de Burgos ya no es posible dudar de que el hombre de tiempos antiguos habitó esta región.

Son muchos los vestigios que han ido apareciendo, pero la Arqueología nos va a reservar todavía muchas sorpresas en esta provincia. La exploración apenas ha comenzado. Las circunstancias topográficas nos están casi gritando los secretos prehistóricos que encierran acerca del hombre que habitaba las llanuras (el hombre celtibérico), que sentía predilección por las vegas, y buscaba elevaciones —cerros, oteros, lomas— para sepultar a sus muertos.

En la presencia del hombre prehistórico en tierras de Burgos tenemos uno de los más sólidos fundamentos de las voces geográficas que denominábamos «raras» en anteriores páginas.

Son sin duda los nombres que aquellos primeros hablantes pusieron a sus poblados, a sus montes, a sus ríos, los que hoy perviven en algunos actuales topónimos burgaleses, si bien, deformados ya por los siglos y adulterados por las diferentes fonéticas de los pueblos que ininterrumpidamente se sucedieron en la historia de la Meseta castellana.

Estudiar una a una estas voces de raigambre remotísima será el objeto de próximos artículos.

(CONTINUARA).

BIBLIOGRAFIA ABREVIADA

- ALMAGRO, *Invasión*. = ALMAGRO, MARTÍN, «El problema de la invasión céltica en España según los últimos descubrimientos», en *Rev. Investigación y Progreso*, VI, 1935, pp. 180-85.
- BACA. = *Butlletí de L'Associació Catalana d'Antropologia, Etnografia y Prehistoria*.
- BELTRAN, *Indoeurop.* = BELTRÁN, A., «La indoeuropeización del Valle del Ebro», en *I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*. Pamplona, 1960, pp. 103-125.
- BIFG. = *Boletín de la Institución Fernán González*, de Burgos.
- BLAZQUEZ, *Legado*. = BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., «El legado indoeuropeo en la Hispania romana», en *I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*. Pamplona, 1960, pp. 319-363.
- BOSCH, *Prehist.* = BOSCH GIMPERA, P., «La prehistoria de los iberos y la etnología vasca». (Tirada aparte de la RIEV). San Sebastián 1926.
- E. L. H. = *Enciclopedia Lingüística Hispánica*. 2 vols. Madrid, 1960-62.
- FLETCHER, *Estado*. = FLETCHER VALLS, D., «Estado actual del conocimiento de la cultura ibérica», en *I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*. Pamplona, 1960, pp. 195-220.
- H. M. P. = *Homenaje a Menéndez Pidal*. 3 vols. Madrid, 1925.
- HUBERT, *Celtas*. = HUBERT, H., «Los celtas y la expansión céltica hasta la época de La Tène». (Traducc., revisión y notas de Luis Pericot García), México, 1957.
- MERIND. = GARCÍA SÁINZ DE BARANDA, J., «Las Merindades de Castilla». Burgos, 1952.
- M. P. Esp. *Prerrom.* = MENÉNDEZ PIDAL, R., «Historia de España. España Prerromana». Espasa-Calpe, Madrid, 1954.
- M. P. Esp. *Protohist.* = MENÉNDEZ PIDAL, R., «Historia de España. España Protohistórica». Espasa-Calpe. Madrid, 1952.
- ROHLFS, *Manual*. = ROHLFS, GERHARD; «Manual de Filología Hispánica». (Traducc. de Carlos Patiño Rosselli), Bogotá, 1957.

ABELARDO HERRERO ALONSO

NOTAS

- (1) ALDERETE, B. ?1, «Del origen de la lengua castellana o romance que hoy se usa en España». Roma, 1606, 168.
- (2) MARCIAL (M. Valerius Martialis), *Epigrama* 135, Ad Luciu.
- (3) Vid. FLETCHER VALLS, D., «Estado actual del conocimiento de la cultura ibérica», en *I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*, Pamplona, 1960. Para una Bibliografía sobre el tema, cfr. M. P. *Esp. Prerrom.* 362-370.
- (4) GÓMEZ MORENO, M., «Sobre los iberos y su lengua», en HMP. III 1925-175 y ss.
- (5) Cfr. M. P. *Esp. Protohist.* 303.
- (6) Como principales teorías señala:
1. La que les asigna origen atlántico y aún americano, a la que el autor se apresta a negar viabilidad.
 2. La tesis orientalista, con diferentes formulaciones: Para Bobineau los iberos constituyen una corriente separada del gran tronco de la especie blanca concentrada en la Alta Asia. Martínez Santa Olalla no duda del origen oriental y anatólico-egeo de nuestros bronceos mediterráneos.
 3. Bosch Gimpera es el primero que postula un origen africano. M. Pidal los hace procedentes de los capsioses. Pericot acusa fuertes relaciones con Egipto.
 4. Una nueva tendencia hace suponer a varios autores que una fuerte corriente danubiana penetra en los momentos finales del neolítico, influyendo en la formación del pueblo ibero.
 5. Menghin hermana las dos teorías, orientalista y africanista, y considera que los iberos constituyen un estrato africano sobre el que se asentó otro asiático.
 6. En la actualidad existen fuertes dudas sobre las influencias norteafricanas en nuestro neolítico.
 7. García Bellido, por el contrario, no duda de su procedencia africana, asignándoles un tronco libio y relacionándolos con los pueblos mediterráneos. (FLETCHER, *Estado*, pág. 202).
 - (7) Id. 204.
 - (8) BERTOLDI, V., «Onomástica ibérica e matriarcato mediterráneo», en *Rev. Portug. de Filología*, II, 1948, 1-15.
 - BERTOLDI, V., «La Iberia en el sustrato étnico-lingüístico del Mediterráneo», en *N. Rev. Filolog. Hisp.* I, 1947, 129-147.
 - FOUCHE, P., «Les Ligures en Espagne et en Roussillon», en *Revue Hispanique*, LXXXI, 1933, 319-346.
 - (9) GÓMEZ MORENO, M., «Sobre los iberos y su lengua», en HMP., III, 1925, 175 y ss.
 - TOVAR, A., «Léxico de las inscripciones ibéricas», en EMP., II, 1951, 273-324. «Lenguas prerromanas no indoeuropeas. Testimonios antiguos», en ELH., 5-26. «Prehistoria lingüística de España», en *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, VIII, 1947.
 - (10) FLETCHER, *Estado*, 205.
 - (11) Para una descripción crítica de las diferentes teorías puede verse FLETCHER, *Estado*, 205-206.
 - (12) GÓMEZ MORENO, *Sobre los iberos...*, pág. 475-76.
 - (13) Vid. TOVAR, A., «Sobre el planteamiento del problema vasco-ibérica», en ARCHIVUM, IV, 1954, 221.
 - (14) FLETCHER, *Estado...*, 204.
 - (15) PALOMAR LAPESA, M., «Antroponimia prerromana», en E. L. H., I, Madrid, 1960, p. 351.
 - (16) GÓMEZ MORENO, M., «Sobre los iberos...», 492.

(17) El Obispo Isidoro en su Crónica (s. VII), escribe indiferentemente «Iberia» e «Hispania», refiriéndose al territorio peninsular. (Vid. SANDOVAL, Fr. Prudencio, «Historias de Hidacio Obispo», Madrid, 1634, 9).

Y M. Almagro afirma: «IBERES es lo mismo que *hispani*; ambos designan simplemente a los habitantes de *Iberia* o Hispania, en general, sin tener en cuenta índole étnica alguna». (Cfr. M. P. Esp. Protohist., 304).

(18) Cfr. M. P., Esp. Protohist., 492-93.

(19) TOVAR, A., «Cantabria prerromana», Madrid, 1955, p. 20.

(20) Para una exposición más detallada de la teoría, Vid. ROHLFS, Y esta es la opinión de P. Fouché:

Manual, 29 y ss.

(21) BOSCH, *Prehist.*, 29.

(22) ALMAGRO, *Invasión*, 261.

«A s'en tenir aux données des géographes ou des historiens de l'Antiquité, il semble bien non seulement que les Ligures ne sont pas le peuple le plus anciennement attesté en Espagne, mais encore qu'ils n'ont pas occupé ce pays, exception faite pour la région d'Ampurias. D'une part, la tradition primitive les ignore; de l'autre, quand leur nom commence à paraître, vers le VI^e siècle avant notre ère, de nombreux textes nous les montrent encore en Gaule». (FOUCHÉ, P., «Les Ligures en Espagne et en Roussillon», en *Revue Hispanique*, LXXXI, 1933, 330).

En otro texto de la misma obra llega a afirmar: «les Ligures ont été les derniers des envahisseurs, avant les Celtes» (Ibid.) y que «ne devaient pas être en nombre considérable, car les Ibères ne furent ni repoussés ni absorbés». (Ibid.).

El propio autor opina, con Philippon, que la nomenclatura geográfica de España no es ligur. No niega la semejanza de radicales toponímicos entre la Península y otras regiones de ocupación ligur, pero aún en estos casos, las desinencias son diferentes. (Ibid.).

(23) M. P. Esp. Protohist., 263.

Una síntesis del juicio crítico de Almagro acerca de la hipótesis ilírica nos permitiría ver que Porkorny ha supervalorado lo ilírico, que en realidad no hace sino llamar «ilírico» a los que otros autores denominaban «ligur». Quizá la mayor aportación de Porkorny a los estudios toponímicos se cifre en la gran cantidad de nombres geográficos que maneja, algunos de ellos —por no decir muchos— habían sido considerados hasta hace poco en España como claramente ibéricos, cuando su entronque con los idiomas indoeuropeos parece hoy bastante seguro. «Es ésta —dice Almagro— la nota más destacable de la investigación filológica de los últimos tiempos, según la cual la mayoría de nuestros toponímicos tienden a enlazarse con raíces indoeuropeas, sobre todo del sur y este de Alemania y de los Alpes y Francia». (Id. 277).

Asimismo hace constar Almagro la opinión de M. Pidal, quien establece para España una invasión que denomina *ambro-lyaulíria*, la cual representaría la inmigración de un pueblo centroeuropeo ya en parte indoeuropeizado. (Id. 264).

(24) V. sobre esto ALMAGRO, *Invasión*, 256.

Una teoría algo relacionada con la anterior es la sostenida por Hubschmid. «Las palabras españolas de origen prerromano —dice—, que puedan relacionarse con el fondo léxico indoeuropeo, derivan por lo menos de dos lenguas: de una que conserva la P indoeuropea y de otra que ha perdido la P». «No se puede hablar —continúa— de un pueblo precelta con P, sino más bien de un pueblo con P, que llegó a Hispania con los celtas». «Lo mejor —concluye— es hablar de una *invasión paracelta* hacia Hispania en una época determinada. Es seguro que el paracelta estuvo en relación con el protoibérico y el protoveneto, y al propio tiempo con el estrato indoeuropeo (precelta) de los ligures». (HUBSCHMID, J., «Lenguas prerromanas indoeuropeas. Testimonios prerrománicos», en E. L. H., I, Madrid, 1960, 131).

Y así se expresa en torno al concepto «paracelta»: «Por el nombre de *paracéltico* entiendo una lengua prerromana de Hispania, no céltica,

pero que desde los primeros tiempos estuvo en contacto directo con los dialectos célticos, mezclándose en parte con ellos. Muchas veces no podemos decidir si un nombre procede del paracéltico o del céltico; en caso de duda estudiamos tales topónimos como si fuesen célticos». (HUBSCHMID, J., «Toponimia prerromana» (tradcc. de A. LLORENTE MALDONADO), en E. L. H. I, Madrid, 1960, 482).

(25) Cfr. BELTRÁN, *Indoeurop.*, 121.

(26) Id.

(27) Cfr. ALMAGRO, *Invasión*, 182.

(28) Vid. BOSCH GIMPERA, P., «Una primera invasión céltica en España hacia el 900 a. de J. C., comprobada por la Arqueología», en *Rev. Invest. y Progreso*, XII, 1933, 345 y ss.

(29) Cfr. BELTRÁN, *Indoeurop.*, 122.

(30) BLÁZQUEZ, *Legado*, 357.

(31) Cfr. WATTENBERG, FEDERICO; «Los problemas de la cultura celtibérica», en I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica, Pamplona, 1960.

(32) Beltrán se muestra pesimista en este sentido: «Para saber —dice— hasta qué límite desde un punto de vista étnico, lingüístico, espiritual y cultural la Península se indoeuropeizó, deberíamos conocer el número de invasores que llegaron hasta aquí, qué posición tomaron frente a las poblaciones indígenas que podrían ser relegadas hacia las zonas montañosas o bien convivir con los invasores». (BELTRÁN, *Indoeurop.*, 123).

(33) BOSCH GIMPERA, P.; «Una primera invasión»... (Cfr. pp. 241-42).

(34) ALMAGRO, *Invasión*, 265.

(35) BLÁZQUEZ, *Legado*, 358.

(36) Hubschmid, por ej., llega a afirmar que «la parte más pequeña de las palabras prerromanas de las lenguas ibérico-románicas provienen del celta». (HUBSCHMID, J., «Lenguas prerromanas indoeuropeas. Testimonios prerrománicos», en E. L. H., I, Madrid, 1960, 149).

(37) Cfr. ALMAGRO, *Invasión*, l. cit.

(38) Id., 266.

(39) ALONSO DEL REAL, CARLOS; «Sobre la delimitación del concepto CELTAS», en *II Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 1952, pp. 219-20.

(40) HUBERT, H., «Los celtas y la expansión céltica hasta la época de La Tène». (Traducc., revisión y notas de LUIS PERICOT GARCÍA), México, 1957, p. 36.

(41) CARRERA, F., «*El celtismo cántabro-astur*», Llanes, 1927, 12.

(42) Id., 16.

(43) De un texto de Julio César se desprende que con el nombre de *celtas* no se designaba a todos los celtas continentales, sino sólo a una de sus ramas: la que se hallaba establecida entre el Garona, el Sena y el Marne. He aquí el texto en cuestión:

«Qui ipsorum lingua Celtae, nostra Galii apellantur... Gallos ab Aquitanis Garumna flumen, a Belgis Matrona et Sequana dividit». (*De Bello Gallico*, I, cap. I).

(44) ROHLFS, *Manual*, pp. 31-32.

(45) BELTRÁN, *Indoeurop.*, 123.

(46) Ibid.

(47) Id., 264-65.

(48) CARRERA, «*El celtismo...*», 16.

(49) «Hacia el año 600 —escribe— los movimientos germánicos en la costa del Mar del Norte y en el Bajo Rhin, empujan nuevas oleadas célticas hacia nuestra Península; posiblemente pasan por Pamplona, Vitoria, Pancorbo y penetran en la meseta castellana arrinconando a sus

hermanos y predecesores Palendones. Son, entre otros, los vacceos, arévacos y casi todo el elemento celta de los celtiberos. La necrópolis de Miraveche parece marcar uno de los hitos de ese camino de invasión. (TARACENA y AGUIRRE, B., «Los pueblos celtibéricos», en M. P., *Esp. Prerrom.*, 295-96).

(50) Cf. M. P., *Esp. Protohist.*, 268.

(51) Id. 149.

(52) Id. 269.

(53) Cf. MALUQUER DE MOTES, J., «Pueblos celtas», en M. P., *Esp. Prerromana*, 8.

(54) ALMAGRO, *Invasión*, 3.

(55) GONZÁLEZ ECHEGARAY, J.; «Los Cántabros», Ed. Guadarrama, Madrid, 1966, pág. 141.

(56) BLÁZQUEZ, *Legado*, 358.

(57) Vid. sobre esto *Bol. Sem. A. A. U.*, Valladolid, XLIII-XLIV, 1946-1947. Vid. también M. P., *Esp. Prerrom.* 304.

(58) Vid. sobre esto PHILIPPON, «Les Ibères», París, 1909, 146.

(59) Cfr. sobre este punto PERICOT GARCÍA, L., «Los celtiberos y sus problemas», en *Rev. CELTIBERIA*, 1951, 52.

(60) PHILIPPON, «Les Ibères», 149.

(61) Cfr. FITA, F., «De Clunia a Tricio, viaje epigráfico», en *BRAH.* L 1907, 272.

(62) Cfr. PERICOT, «Los celtiberos...», pág. 52.

(63) TOVAR, A., «Lenguas prerromanas indoeuropeas. Testimonios antiguos», en E. L. H., 103-104.

(64) MARTÍNEZ SANTA OLALLA, J., «Prehistoria Burgalesa», en B. A. C. A., Barcelona, núm. 3, 1925 y 4, 1926.

Otras obras del autor sobre este mismo tema son: «Los sarcófagos de la Bureba», en B. I. F. G., 1925. «La Bureba prehistórica y protohistórica», en B. A. C. A., Barcelona, XI, 1924.

(65) La mandíbula de ursus arctos hallada en la cueva del Caballón, en el desfiladero de la Horadada, parece demostrar que no fue el hombre auriniacense sino el magdalenense quien la habitó; lo que parece confirmar también el ajuar allí encontrado: un bastón perforado de cuerno de ciervo, con estilizaciones de cuerno de cabra, y azagayas de hueso. (Cfr. MERIND. 31).

«Siendo el paleolítico burgalés —dice Santa Olalla— una infiltración de la cultura cántabro-paleolítica, es dado atribuir las obras de este periodo a hombres pertenecientes a la nueva raza de Cro-Magnon, que sustituyó a la de Neanderthal del paleolítico inferior, y que es la creadora de las industrias auriniacense, solustrense y magdalenense». (MARTÍNEZ SANTA OLALLA, «Prehistoria burgalesa», en B. A. C. A., III, 1925, 172).

(66) Cfr. MERIND., 32.

(67) *Ibid.*

(68) *Ibid.*

(69) Mención destacadísima a este respecto merece la obra de José Luis URIBARRI ANGULO: «El fenómeno megalítico en la provincia de Burgos». Burgos, 1975.

El autor describe numerosos dólmenes y sepulcros —algunos con abundancia de objetos de diferente índole—, así como algunos menhires. El total de monumentos megalíticos asciende a 28 dólmenes, 3 sepulcros bajo roca y 11 menhires.

La ubicación de los monumentos descritos por Uribarri Angulo corresponde a las localidades de Huidobro, Villaescusa de Butrón, Moradillo de Sedano, Porquera de Butrón, Santa Olaja, Ruyales del Páramo, Atapuerca, Jaramillo Quemado, Cubillejo de Lara, Fresno de Rodilla, Haedo

de las Puebas, Robledo de las Puebas, Mambrillas de Lara, Busnela, Angulo de Mena, Peñahorada, Villanueva de Gumiel, Villalta y Arroyal.

(70) MERIND., 32.

(71) Cfr. M. P., *Esp. Protohist.*, 230.

(72) Cfr. MERIND., 33.

(73) Cfr. PÉREZ DE URBEL, J.; «*El Condado de Castilla*». Ed. Siglo de Oro, I, Madrid, 1969, 54.

(74) Cfr. MERIND., 36.

(75) Cfr. MERIND., 33.

(76) Consúltese a este respecto OSABA Y RUIZ DE ERENCHUM, B.; «Catálogo arqueológico de la provincia de Burgos», en *Noticiero Arqueológico Hispánico* (Madrid, 1962), pp. 230-31.

Asimismo OSABA Y RUIZ DE ERENCHUM, B.; «Últimas novedades arqueológicas de la provincia de Burgos», en *Rev. Museos, Archivos y Bibliotecas*, LXXV, 1-2 (1968-1972), p. 571.